

EL HOMBRE
QUE YA NO SOY
SALVADOR NAVARRO

algaida



Primera edición: 2017

© Salvador Navarro, 2017

© Algaida Editores, 2017

Avda. San Francisco Javier, 22

41018 Sevilla

Teléfono 95 465 23 11. Telefax 95 465 62 54

e-mail: algaida@algaida.es

ISBN: 978-84-9067-847-3

Depósito legal: SE. 1572-2017

Impreso en España-Printed in Spain

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

*A Bori, mi padre,
a quien le debo todo lo bueno que hay en mí*

ÍNDICE

1. Aeropuerto	15
2. Lourdes	18
3. Tanatorio	20
4. Gafas	25
5. Nuria	27
6. Londres	29
7. Visa	32
8. Vacas	35
9. Agencia	39
10. Aomame	42
11. Garabatos	44
12. Naranjas	47
13. Guarra	50
14. Cuerpo	52
15. Golpes	54
16. Julio	56
17. Pitidos	58
18. Precipicio	61
19. Chungo	64
20. Berlín	67
21. Polen	70

22. Olvídate	73
23. Santiago	78
24. Patatas	83
25. Gabri	85
26. Sollozos	88
27. Milhojas	90
28. Heidegger	93
29. Orla	96
30. Futbito	101
31. Gentuza	108
32. Caja	112
33. La Rota	115
34. Fotos	119
35. Mínimo	125
36. Piso	130
37. Cristales	135
38. Sartén	138
39. Cazalla	142
40. Marina	143
41. Juegos	146
42. Chistes	151
43. Alcauciles	157
44. Cafetera	161
45. Farlopa	166
46. México	169
47. Vaqueros	174
48. Músico	179
49. Mil euros	185
50. Noruega	189
51. Bártulos	193
52. Cervezas	196
53. Angina	199

54. Cochinchina	204
55. Espinacas	207
56. Cajones	210
57. Aristóteles	214
58. Joaquín	220
59. Sexo	224
60. Sandalias	231
61. Sobre	236
62. U2	239
63. Claxon	242
64. Celeste	244
65. Lunar	246
66. Puentes	255
67. Vermú	259
68. Leucemia	263
69. Ronquidos	266
70. Almohada	268
71. Humildad	277
72. Pargo	281
73. Droga	290
74. Antagónicos	296
75. Lentejas	300
76. Abuelo	304
77. Burgos	308
78. Guisos	313
79. Desayuno	316
80. Renault	318
81. Arroz	324
82. Descalza	329
83. Agujas	338
84. Testigo	341
85. Ímpetu	345

86. Chiapas	349
87. Liebre	353
88. Cádiz	359
89. Dedos	363
90. Agujero	368
91. Kerouac	372
92. Emilia	376
93. Entrañas	382
94. Turandot	388
95. Naranjos	395
96. Pasmarote	400
97. Policía	402
98. Corriendo	408
99. Torpes	411
100. Lavadora	414
101. Tanga	416
102. Colo	422
103. Absorto	428
104. Bulla	434
105. Casablanca	439
106. Capitán	443
107. Thriller	449
108. Juzgados	452
109. Pintores	458
110. Huitzla	464
111. Grietas	467
112. Mango	475
113. Puertollano	477
114. Están aquí	485
115. Escrúpulos	489
116. Kant	492
117. Coherente	497

118. Armas	503
119. Chorizo	509
120. Negros	512
121. Guacamole	516
122. Aviso	522
123. Pucela	528
124. Leucemia	533
125. Chicharras	537
126. Jaramagos	543
127. Papas	550
128. Monstruo	555
129. Desnortado	561
130. Café Sonoro	565
131. Navajazo	568
132. Macarena	571
133. Palmete	573
134. Clanes	577
135. Tocador	580
136. Trena	583
137. Comisaría	587
138. Alimañas	589
139. Fiera	593
140. Gominolas	598
141. Niño	602
142. Bangkok	605

1. AEROPUERTO

ENCADENADA A RUTINAS PERVERSAS QUE LA EMPEQUEÑECÍAN, Elisa giró la cabeza al saberse identificada por una azafata menuda que movía la cabeza al ritmo de su iPod. Apoyó la frente en la ventana del autobús, ya en el traqueteo de entrada a los carriles del aeropuerto, sin prever que el azar le tuviera preparada una emboscada.

Esperó a que bajase el último de los pasajeros antes de descender y tomar el camino contrario del que llevaba a la terminal.

—*Sorry...* —Un agente de seguridad le señalaba la dirección correcta.

—Lo sé, lo sé.

Encendió el cigarro, molesta por la doble confusión que, una vez más, la llevaba a disculparse. Ni era extranjera ni estaba perdida. Solo quería fumar un rato a solas antes de entrar.

Hacía frío. Caía la noche.

El vestíbulo de llegadas estaba más lleno que otros jueves a esa hora. Había muchos jóvenes en chándal que le hacían pensar en la llegada de algún club que festejara cualquier tipo de trofeo. La sorprendió no ver en la pantalla el vuelo de La Coruña. Lo habrían cancelado en la temporada invernal, pensó. A esa hora aparecían como aterrizados los de Ámsterdam y Gran Canaria, lo que hacía especialmente sencillo el juego de distinguir la procedencia de los pasajeros que iban llegando. El acierto se pagaría barato en una casa de apuestas.

Buscó su lugar junto a la puerta, con suficiente visibilidad sobre el tablero informativo. Quedaban pocos minutos para que aterrizara el avión de Vueling procedente de Barcelona, uno de sus preferidos, mientras que el de Lisboa de la TAP, recién aterrizado, complicaba el juego. No le gustaba este pasaje, demasiado inclasificable.

Un joven rubio, atlético pero desgarrado en los andares, como un nadador olímpico, salió despistado en busca de indicativos de taxi. Provenía de Ámsterdam, por las orejeras de lana colgadas al cuello y, sin duda, era la primera vez que volaba a Sevilla. Tenía la ventaja de levantar un palmo del centenar de personas que, en semicírculo, invadía el espacio destinado a la salida de pasajeros. Demasiado guapo y aventurero, pensó Elisa. Observando la primera fila de entre los que esperaban, cruzó la mirada con un hombre de mediana edad que tenía la mirada fija en ella, sin escrúpulos, lo que le hizo subir la cremallera de su chaqueta de lana y taparse, instintivamente, su mancha de nacimiento junto al ojo izquierdo.

Una mujer espigada, con camiseta ceñida roja y mangas largas, que se abría camino con su minúscula maleta de cuero y los ojos puestos en el infinito, le hizo comprender que había comenzado a desfilar el vuelo de Barcelona. Un rumor comenzó a palpase entre la chavalería; en una de las aperturas de puerta habrían adivinado la llegada de sus ídolos. Sin embargo, apareció, de golpe, un hombre cercano a los cuarenta, vestido de chaqueta y con la corbata desanudada, caminaba a paso acelerado y se disculpaba al tiempo que apartaba a gente que estaba a otra cosa, sin saber que Elisa lo seguía atenta con la mirada. Oyó un grito apagado:

—¡Róber!

El tipo se giró hasta dar con una mujer mayor, minúscula, con el pelo desordenado. Por su reacción, al soltar la maleta y agarrarse a ella de forma casi violenta, Elisa comprendió que ese hombre no contaba con que nadie lo esperase. El abrazo no podía dejar indiferente a nadie, pero solo era Elisa quien observaba, emocionada, el perfil de ese hombre, que sollozaba sin consuelo. Tuvo que volverse para no inmiscuirse en esa escena familiar de congoja desbordada.

—Tranquila, madre, tranquila. —No la consolaba, ni en ese instante supremo, con el apelativo de «mamá».

Sus movimientos torpes junto a las puertas automáticas hacían que estas se abrieran y cerraran sin criterio, dejando pasar el frío invernal en cascadas que ninguno de los dos sentía. Él apenas portaba una mínima maleta, lo que vendría a confirmar un viaje de negocios o había sido tan rápida su huida a Sevilla que cualquier preparación se antojaba irrelevante. El llanto de la madre se ahogaba en los hombros de su hijo, que le besaba la frente como un percutor revolucionado.

La etiqueta colgada del asa de su equipaje le permitía confirmar que venía de Barcelona, que volaba con Vueling y que su nombre era Roberto Relínque. Había un teléfono anotado, pero la emoción y el temor a ser descubierta hicieron que Elisa desistiera de ir más lejos. El hombre tomó a su madre con una mano enorme por la mejilla y la sacó del aeropuerto a pasos muy lentos. Elisa, postrada contra la pared, tomó el móvil e hizo una foto rápida a la pantalla de información para retener el instante exacto. El pasaje de Barcelona había quedado en un tercer plano. Oteó desde su rincón la sala de llegadas, reducida a la mitad con la salida del ídolo deportivo que a ella se le había escapado. Cruzó de nuevo la mirada con el tipo que la vigilaba desde el otro lado del corrillo y sintió que era momento de irse.

Tenía el móvil en la mano y tan pocas ganas de seguir allí como de volver a casa. Llamó a Lourdes, que le propuso, con tono serio, que fuera a picar algo a su restaurante.

2. LOURDES

AFORTUNADAMENTE PARA ELISA, SU AMIGA ESTABA SOLA EN EL *office* del restaurante. Había noches en que daba pereza conocer a tanta gente nueva, rufianes de los que Lourdes se quejaba, pero sin los que parecía no saber manejarse.

—¿Hoy no hay sesión de la ONU?

—Hoy no. He mandado a todo el mundo al carajo.

—¡Vaya! Pues gracias por darme audiencia.

Se dieron un pico y Lourdes se adentró en la barra para traerle una cerveza helada.

—¡Qué fresquita!

Mientras comenzaba a liarse un pitillo, Elisa le dijo que venía del aeropuerto.

—Estás majara.

Elisa le sacó la lengua.

—¿Y esa cara?

—La que tengo —respondió Lourdes.

—Joder, ni que hubieras visto un fantasma.

—Son cosas mías, nada que te vaya a quitar a ti el sueño —respondió, con un toque de reproche que Elisa no quiso entender.

Hurgando en la pequeña nevera, Elisa sacó un trozo de fuet, que comenzó a cortar.

—¿Tanta hambre hay?

—Apenas comí al mediodía.

Lourdes, con la boca cortada por una cicatriz mal cuidada, preveía su discurso.

—Tengo la despensa vacía y me revienta pensar en claudicar.

Le pasó unas cuantas rodajas de embutido a Lourdes.

—Ya sabes que yo siempre tengo faena para ti; sin embargo, pasas de todo y te gastas el dinero que no tienes en el autobús del aeropuerto.

—Tengo un bono mensual. Lo usaré hasta que se me acabe.

Cerró la nevera tras coger un par de trozos de queso.

—Sé que no es consuelo pensar que tus padres te recibirían con los brazos abiertos.

—Necesito tu moto para mañana —solicitó Elisa, sin escucharla.

—En el patio está.

—¿Tiene gasolina?

—Algo aguantará.

—Te la devuelvo por la noche.

Se colocó la chaqueta de nuevo. Lourdes la vio guapa, más fuerte cuanto más desarbolada por sus propias circunstancias; decidida.

—¿No quieres que te preparen una mesa? Hoy no tenemos ni media entrada.

—Vengo otro día con tiempo. —Volvió a besarla—. Necesito disfrutar de mi casa a solas el tiempo que me quede.

Dejó la cerveza sobre la mesa de su despacho.

—Y cuando quieras, Lourdes, me cuentas qué te pasa.